

“Pedro Salinas y la Universidad Internacional: inventor de una realidad”, *Memoria de un sueño compartido. La Universidad Internacional de verano en Santander en su 75 aniversario* Ramón Menéndez Pidal. Blas Cabrera. Pedro Salinas. Emilio Gómez Orbaneja. José Gaos. Santander: Servicio de publicaciones de UIMP, 2010. 139-172.
ISBN: 978-84-88703-56-2

Pedro Salinas y la Universidad Internacional: inventor de una realidad

Enric Bou
Brown University

Gran parte de la vida de Pedro Salinas se conjuga en una hábil y fortuita, combinación de albur y predestinación. En 1932 una gitana le predijo en París que estaba pronto a conocer a un gran amor, y ese mismo año conoció a Katherine Whitmore, la inspiradora de *La voz a ti debida* y demás libros de la trilogía amorosa, en Madrid, en los cursos para extranjeros en la Residencia de Estudiantes. Ese hecho introdujo un giro decisivo en su obra (y vida). Si partió para los EE.UU. a poco de empezar la guerra, lo hizo para cumplir con un compromiso profesional (tenía un contrato como profesor visitante para enseñar en Wellesley College, cerca de Boston), pero también para coronar un compromiso afectivo. Luego las circunstancias de la guerra, las dudas, los avatares, cambiaron los planes. Unas palabras del relato «El Desayuno», de *El desnudo impecable* (1950), indican secretamente la importancia que el peso de lo fortuito tuvo en su vida: «... donde lo esperado jugaba con lo inesperado». La presencia de lo casual, la creencia en el destino y la suerte asoma también en el principio de una carta a Katherine Whitmore, cuando le escribe:

¡Qué día ayer de oscilaciones, de sacudidas, de sentirme empujado de un lado a otro por fuerzas distantes y superiores, que venían todas de ti! Recibí cuatro cartas por la mañana. Caí sobre ellas con una mezcla de temor y alegría, enormes. Todo el secreto que encierra una carta sin abrir, aún con la letra conocida en el sobre, hasta aquella que sabemos poco más o menos lo que trae, se aumentaba ayer, desmesuradamente para mí. ¡Cuatro cartas, cuatro

días, allí en mi mano! La palabra *carta* se me representó en su otra acepción: naípe. Y de aquellas cuatro cartas parecía que iba a salir un destino para mí.
(12 mayo de 1933)¹

Salinas probó las armas en una gran variedad de géneros literarios y experimento con una inusitada variedad de registros. Entre dos mundos, Europa y América, en dos períodos bien diferenciados, antes y después de la guerra civil, es uno de los escritores españoles del siglo XX de gran calibre y de hondo calado. Y fue aquí en Santander donde pudo probar su capacidad como organizador.

La importancia del juego y el riesgo se anuncian ya desde los títulos de sus primeros libros: «presagios», «seguro azar», «fábula y signo». Hasta llegar al título de su último libro de poesía: «todo más claro», como si hubiera llegado a descifrar un hondo misterio en su existencia, en la del ser humano. También notamos esa importancia en actos de vida que a su vez se engarzan con la obra. Al inicio de la Guerra civil, Pedro Salinas se encontraba en Santander, en donde era secretario de la Universidad Internacional que había contribuido a crear en 1932. A causa de un compromiso previo, de enseñar en una universidad norteamericana femenina, Wellesley College, trató por todos los medios de encontrar un pasaje. Tuvo dificultades para encontrar un medio de abandonar España por mar, puesto que la frontera terrestre estaba cerrada. Por fin surgió la posibilidad de salir en un barco de guerra norteamericano, el «Cayuga»:

Era un espléndido día de agosto, el 31 para ser exacto. el barco americano, anclado en la hermosa bahía, parecía de juguete: blanco, pequeño y acogedor: nada guerrero. Parecía más bien un yate. Lo miré como si se tratara de un enigma. ¿Qué me esperaba? Mientras, los milicianos examinaban mi equipaje. Y, claro está, surgió el incidente. Yo había escrito un drama y lo llevaba en la maleta. Mi manuscrito atrajo la atención de los milicianos: se trataba de un drama místico, simbólico. ¿Cómo explicarlo al miliciano? Por el momento creí que acabaría en la cárcel, pero por fin el drama pasó la inspección.

El oficial de guardia tuvo que consultar con el capitán del barco sobre la conveniencia de dejarle embarcar: «Finalmente volvió el bote con el oficial (...) Saltó del bote y

¹ Las citas de las cartas proceden de la reciente edición: Salinas, Pedro. *Epistolario Completo. Obras Completas*. Eds. Enric Bou and Andrés Soria Olmedo. Vol. III. Bibliotheca Aurea. Madrid: Cátedra, 2007.

dijo: "*Fixed up!*"(...) Para mí eran dos palabras mágicas y misteriosas y sin saber lo que querían decir las entendí, por intuición: podíamos embarcar». En esas reacciones en momentos difíciles se repite esta actitud de juego e indagación: ver la propia existencia como misterio en marcha, que el ojo, el verbo, mágico del poeta sabe interpretar y dar con la clave.

Mi propósito en esta conferencia no es el de repetir informaciones sobre la fundación de la Universidad Internacional. Benito Madariaga, Celia Valbuena y Antonio Lago han escrito mucho y bien sobre esta cuestión y son ya de todos conocido los detalles externos de esa aventura. Me interesa simplemente fijarme en dos aspectos que giran entorno a Pedro Salinas, que fue quien ideó la Universidad en su estructura original. Los dos aspectos se refieren a la “intrahistoria” de la fundación y a lo que podemos llamar el espíritu de la misma, en una España con democracia recuperada, que buscaba caminos de integración, en el mundo occidental y del conjunto de su territorio. Y tienen que ver con su doble carácter definido ya desde el mismo título: “Universidad internacional”. A estos dos, podemos añadir un tercero: el personal y generacional. Pues como es sabido por todos, Pedro Salinas coprotagonizó con muchos otros un momento de gran intensidad creativa.

Universidad

Como recordaba Guillermo de Torre (cuñado de Borges) en una evocación de Pedro Salinas, la Universidad Internacional fue una idea suya:

"Otra 'invención' suya, creada como resultado de su optimismo contagioso, tras una conversación con Fernando de los Ríos, ministro de la República. '¿Qué van ustedes a hacer con el Palacio de la Magdalena? ¿No se les ha ocurrido convertirlo en un foco veraniego intelectual?' Y efectivamente, a los pocos meses, la máquina se puso en marcha, estudiantes y profesores de muy diversos países poblaron sus salones; las clases se abrieron en unos pabellones levantados sobre lo que antes habían sido las caballerizas reales. Y a esta península llegó un día -desde una playa próxima a Santander, Somo, donde veraneó, donde están también Jorge Guillén y otros amigos- para ver a Salinas como gran director de ceremonias, y a Federico con su 'Barraca', en el estreno de una égloga de Juan del Encina"

En efecto, Salinas fue el principal impulsor de la idea de organizar una Universidad

Internacional en Santander. En varias ocasiones se queja de las dificultades de poner en marcha una idea, de luchar por el ideal, y de sus luchas continuas con la realidad, que entorpece su sueño. En una ocasión consulta a Don Ramón Menéndez Pidal acerca de la conveniencia de dimitir, por su insatisfacción con el trato que está recibiendo. Es en una carta a Menéndez Pidal (*Altet, 28 de agosto de 1932*) en la que se queja amargamente de haber sido maltratado al poner a Vicente Gaos al mismo nivel suyo, como secretario es prueba inequívoca de este hecho:

Ya habrá usted visto en la Gaceta del 25 el decreto fundacional de la Universidad Internacional de Santander. *Usted recuerda seguramente la participación que en dicho proyecto he tenido.* En la última, conversación que sostuve con Don Fernando y Barnés me dijeron que contaban conmigo para la ejecución de ese proyecto, y en calidad de Secretario general. Hablaron asimismo de agregarme a otra persona que me descargara de trabajo y ofreciera las mayores garantías de eficacia para la obra. Ellos habían pensado que esa persona podría ser el Sr. Gaos. Declaro a usted que yo hubiese preferido ser consultado antes, no me parece pretensión desafortunada, sobre quien había de estar a mi lado en labor tan delicada y compleja. Pero de todos modos, renuncié íntimamente a todo reparo. Ahora bien, sale el decreto y allí se nos coloca al Sr. Gaos en una absoluta paridad, sin delimitación ni atribución de funciones, en una Secretaria bipartita. No le extrañará a usted que me conoce bien, que esto me parezca totalmente inaceptable. No por otras razones sino porque detrás de esa manera de hacer las cosas no puedo ver ese grado mínimo de consideración hacia una persona que al fin y al cabo tiene una cierta participación en los orígenes y trámite del proyecto. Es decir se me nombra a mí, exactamente lo mismo que a Gaos, sin ninguna leve forma de reconocimiento del pequeño papel que, antes que el Sr. Gaos tuviese idea de este asunto, he desempeñado yo en él, usted lo sabe perfectamente. Así pues, en este estado de ánimo no puedo aceptar ese nombramiento. Así se lo digo hoy al Ministro y al Subsecretario, con la mesura y cortesía debidas, pero creo que con la claridad suficiente para que conozcan bien los móviles de mi determinación. No se trata en ningún modo de que me niegue a participar en la labor de esa Universidad, de que me haya vuelto atrás, sino de que la forma en que se me ofrece me priva de todo estímulo y satisfacción. Usted lo comprenderá perfectamente. Nada me hubiese molestado que se me nombrara

Secretario General, y a mi lado un Secretario adjunto o auxiliar. Tal cosa esperaba yo, por lo menos. No lo han hecho y con ello me arrancan el ánimo sin el cual no puedo emprender una empresa de esta importancia.

El enfado de Salinas se entiende porque en una carta a Jorge Guillén le confesaba que él era el autor material del decreto.

El “Decreto de fundación de la Universidad Internacional” explicitaba tres principios organizativos para la misma:

1. “convivencia y mutuo conocimiento de elementos destacados en la cultura actual”

Es decir, profesorado de calidad, de procedencia internacional y nacional.

2. “convivencia de éstos con jóvenes estudiantes de nuestro país y de otros pueblos en un ambiente de común trabajo y trato asiduo.”

Que se refería a la variedad de procedencia de los estudiantes, que conviven en situación de residencia, siguiendo el modelo anglosajón. El decreto amplía el concepto: “estudiantes de todas las regiones de España, que, al convivir, en esta atmósfera superior y neutra de la Universidad, sentirían el contraste de sus diversidades temperamentales y recibirían estímulos para elevarse sobre prejuicios localistas.”

3. “realización de un programa de estudios enfocados primordialmente a dos objetivos: uno, las líneas normativas de la cultura moderna que por su propio radio dilatado interesan igualmente y por encima de las diferencias profesionales a todo trabajador intelectual; y otro, la especialización en cada rama particular de estudios en los más modernos métodos de investigación.”

Es decir interdisciplinar y con enfoques de punta, al día en las últimas tecnologías y áreas del saber.

Las diversas universidades enviaban a dos estudiantes de cada una de sus facultades, para mejorar el conocimiento entre las diversas regiones de España. Como explicaba Salinas en una entrevista, el programa especial de estudios pretendía a su vez “que los estudiantes salgan de las barreras de la especialización en que suelen vivir dentro de sus estudios corrientes y se pongan en contacto con los temas generales de la vida moderna que deben interesar a toda persona.”² Tras este

² Madariaga, Benito, y Celia Valbuena. *La Universidad Internacional De Verano En*

planteamiento general, de variedad, intercambio internacional, de modernidad, se descubre la mente de Pedro Salinas, un intelectual, profesor y poeta, que había ya experimentado en propia piel las ventajas de la variedad.

La muy directa implicación de Salinas en el proyecto se nota también en el hecho de que en diciembre de 1932 no tiene vacaciones como refleja una carta de 24 diciembre de 1932:

¡Día de Navidad! Para mí lo mismo que los otros. En el Centro no hay vacaciones, (¡régimen austero!) y sólo tengo como descanso quince días sin clase. Pero el trabajo del Centro (*Índice Literario*)³ y el de la Universidad de Santander siguen sin vacación oficial. Y precisamente estos días el de Santander es más agobiador que nunca, porque estamos en el momento de preparación de programas. De modo que te envidio tu *full vacation*.

Y en otra ocasión, el 23 febrero de 1933 se queja amargamente de los dislates de la administración pública española:

Estoy cansado, Katherine, mucho. Ese conflicto mío interior, esa disociación entre mi destino verdadero y mi mundo exterior me pesan cada día más. Lo de Santander viene a agravarlo todo. No puedes figurarte lo difícil que es hacer algo, ejecutar algo en España, sobre todo si se trata de la administración. En mi país todo está organizado para no trabajar. ¡Ay del que se lanza a hacer algo! No conoces ni conocerás en tu vida nada más estúpidamente minucioso, más retardatario que la Administración española. Parece china. Para las cosas de la U[niversidad] I[nternacional] tengo que entenderme (?) con tres departamentos: Negocios Extranjeros, Instrucción y Hacienda. Pues bien, cualquier pequeña cosa que haya que resolver por vía administrativa y que en un Banco o en una empresa privada sería cuestión de diez minutos se complica, se demora y dilata indefinidamente. Y no sirve que el Ministro ordene: los empleados, *Sa Majesté le Fonctionnaire*, es más fuerte que todos, y esos miserables burócratas encastillados detrás de leyes y reglamentos forman una barrera infranqueable. Aunque te parezca absurdo: la Administración española es un organismo montado para servir los designios del Estado, para ejecutar sus

Santander (1933-1936). Guadalajara, 1983, p. 284.

³ *Índice Literario*. *Archivos de Literatura Contemporánea* era la revista del Centro de Estudios Históricos en Madrid, bajo la dirección de Salinas. Se editaron diez números entre 1932 y 1936.

proyectos, sí, pero en realidad lo que hace es estorbarlos e impedir que se ejecuten [...]. Todo son dificultades, trámites dilatorios, aplazamientos. Y yo me desespero, me enfurezco. Jamás me había puesto en contacto con la Administración y declaro que no sirvo para eso. Ya puedes imaginar todo lo que esa pequeña guerra diaria me roba de fuerza, de energía y de tiempo que debía consagrar a la labor esencial de la U.I. Yo acepté este cargo para hacer una Universidad, para pensar en su problema, pero no para perder el tiempo en minucias necias en los ministerios. Es muy bonito *inventar*, *idear* una cosa, pero la realización luego, en España, es terrible. Todo el entusiasmo y la fe con que se concibe algo se va perdiendo poco a poco en este penoso avanzar entre obstáculos estúpidos. ¿Será porque yo no soy en verdad un realizador, un hombre práctico, sino un imaginativo, un creador de ideas? No me tengas por orgulloso, vida, pero no puedo con las pequeñeces, con las cosas inútiles. No sé luchar con ellas. (...) Son las menudencias, las miserias chicas, las que me desaniman.

La carta más emocionante del conjunto corresponde al día siguiente a la ceremonia de clausura del primer curso, en el verano de 1933. En carta a Katherine Whitmore de 7 de septiembre de 1933, escribe:

Ya se cerró la U[niversidad] I[nternacional]. La clausura fue sencilla, sin pompa ni solemnidad. El Presidente del Consejo Nacional de Cultura pronunció unas palabras de despedida. Yo no pensaba hablar, pero los estudiantes reclamaron con grandes aplausos mi intervención, y tuve que decir unas cuantas tonterías que fueron ovacionadas. *My dear dearest* quizá se hubiese emocionado un poco al ver a su *dear lamb* aclamado, pero el *dear lamb* no se emocionó, te lo aseguro. Era poca compensación y harto ruidosa, para los muchos disgustos que me han dado estos bergantes. Hoy, al ver la Magdalena casi desierta ya no he podido por menos de sentirme poseído por una emoción rara. ¿Sabes? Como de incredulidad ante lo pasado. ¿Es posible que aquel proyecto mío haya sido esta realidad? Me he acordado de una tarde de junio, 1932, en la Sierra de Guadarrama. Cinco personas sentadas en la yerba a la sombra de los pinos. Una de ellas el Ministro.⁴ Otra tu *dear lamb* (que aún no lo era). Y yo leyendo una hoja de papel, en la que cabía todo el proyecto de la U.I. Lo que yo leía entonces

⁴ Fernando de los Ríos (1879-1949), ministro de Instrucción Pública de la II República.

acaba de ser realizado ahora. Y yo siento como una sorpresa de que lo que nació en mí como un capricho más de la fantasía [se] haya plasmado en lo de este verano. ¿Orgullo? No. Me conoces lo bastante para saber que no van mis flechas a esos blancos. Pero, hoy, al acabar, cuando veo que no ha fracasado la U.I., disgusto ni indiferencia tampoco, te lo confieso. Vuelvo los ojos atrás, miro lo que hemos hecho este verano, recuerdo los elogios y alabanzas y me digo: ¿Pero es obra mía, esto? Y lo ha sido, ¿por qué *negármelo*? No la vanidad, sino un elemental deber de justicia conmigo mismo me dice que yo soy el autor, el inventor de esta realidad recién acabada. Y recuerdo Barcelona, mi nombramiento hecho, cuando estaba allí, contigo, y quiero creer que tú me trajiste suerte, que te unías ya al destino de la obra. Y ello me trae ante mí mismo como una interrogación: ¿Qué soy yo? Porque no cabe duda que 1932-1933 es un momento decisivo en mi vida (por más, por infinitivamente más que la U.I.). Por primera vez en mi vida he creado algo de volumen y trascendencia social y colectivo. Hasta ahora todo lo que salió de mí era obra de la imaginación, del impulso creador puro, sin más contacto con la realidad de los hechos que el papel impreso, el libro.

Expresaba su temor de haberse desviado del camino del intelectual, el dedicado a pensar, lejos de la acción:

¿Es la U.I. una desviación, una infidelidad, un camino falso, en mi vida? «Debía usted estar orgulloso de lo que ha hecho», me decía hoy un amigo tan leal y sincero como Dámaso [Alonso]. Pero, no lo estoy. Más bien preocupado por lo que he hecho. Desviación no sé, infidelidad, no sé, pero creo que ha sido una tentación, a la que cedí. Personas como Juan Ramón [Jiménez] o Jorge [Guillén] no habrían cedido a ella. Viven en lo intelectual, en esa zona alta donde la realización de lo querido y soñado sólo se traduce en palabra, en verbo. Yo, por lo visto, tengo en mí algo que necesita ser satisfecho en acción, en cosas. Me atraen ciertas formas de expresarse por la acción, por los hechos. La U.I. ha sido como mi expresión política *latu sensu*. Pero al propio tiempo que siento con evidencia la realidad de lo que he hecho, siento su jerarquía, su valor relativo y subalterno en mi concepto de mí. Porque con un raro azar, paralelamente a la U.I. se iba haciendo mi libro de versos,⁵ el que más contento

⁵ Se refiere a su libro de poesía *La voz a ti debida*.

me tiene, el que más directa y hondamente me expresa. Ahí sí que me encuentro, ese sí que soy yo, sin dudar.

Pedro Salinas, al imprimir este determinado carácter a la Universidad Internacional, se estaba inspirando en algunas teorías de sus antecesores, pero al mismo tiempo apartando, adaptándolas a un mundo más contemporáneo. A diferencia de lo que afirmaba Marcelino Menéndez y Pelayo en sus *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*:

Dios ha querido que una misteriosa sincronía presida el desarrollo de las letras peninsulares. No hay transformación literaria en Castilla que no responda otra igual en Lusitania. (...) Pero no sólo ha gallardeado el ingenio español en los tres dialectos, castellano, catalán y portugués, y en alguna lengua extraña aunque afín, como el provenzal, sino en la madre de todos los romances, la latina (...). Pensamiento y estilo eran idénticos: sólo variaba la lengua. Y no en la lengua, forma de suyo variable y sujeta a mudanzas, sino en el estilo, reside la unidad interna de la literatura.

Internacional

El carácter “internacional” de la vida de Pedro Salinas le predisponía para una empresa como la “Universidad Internacional”, en la que se reunían todos los veranos destacados especialistas de las ciencias y las humanidades, llegados de toda Europa, para impartir lecciones en Santander. Nacido en Madrid en 1891, su vida estuvo marcada por los viajes. En 1911 inició un noviazgo con Margarita Bonmatí, la hija de unos españoles residentes en Argel, que pasaban los veranos entre Santa Pola y Altet (Alicante). Luego, en posteriores veraneos, repartiría su tiempo entre ese lugar y Maison Carrée, cerca de Argel. Más tarde se desplazó por razones profesionales. Fue lector en La Sorbona y vivió en París entre 1914 y 1917; o efectuó múltiples visitas a centros docentes españoles (Burgos, Murcia, Barcelona, etc.) y europeos (Cambridge, Hamburgo, Venecia, etc.) como conferenciante invitado. Parece que todo este periplo le preparaba para ejercer como secretario de la Universidad Internacional de Santander. Conocía a la perfección el sistema universitario europeo (y español). De hecho, su vida estuvo presidida por un cierto «nomadismo» profesoral. Determinadas ciudades y países marcan las escalas: París, Sevilla, Madrid, Santander, y las que le suscitó el exilio, a partir de 1936, en un viaje sin retorno que había de durar 15 años,

con residencia en Wellesley, Baltimore, San Juan de Puerto Rico. Durante ese tiempo efectuó escapadas fugaces, pero de impacto certero, a Nueva York, Los Ángeles, San Francisco, México, Colombia, Ecuador, Perú. A las maniobras de descubrimientos, en viajes breves, cabe sumarle el propio descubrimiento de los diversos lugares en los que residió a lo largo de su vida, ante los que supo ejercer la sorpresa y los gestos del viajero incondicional. Sin llegar al extremo de padecer de *Wanderlust*, como Rubén Darío, su circunstancia personal le impulsó, sin duda, a una movilidad constante. Confluyeron, pues, la razón de su destino con la particular avidez «contemplativa» que caracteriza la actitud de Pedro Salinas ante la vida, en unos viajes que han quedado suficientemente documentados a través de la correspondencia y que marcan su obra.

Pedro Salinas fue durante toda su vida un gran curioso. Como lo definió su gran amigo Jorge Guillén: «Salinas, que conocía muy bien las alturas supremas, era un incesante Colón de Indias anónimas, de esos aciertos que la vida no catalogada propone al desgaire en este o el otro minuto». En efecto, la curiosidad fue un motor importante de su actividad, al sentir una genuina atracción por la diversidad frente a la uniformidad. Integró en su vida el riesgo asociado a la curiosidad -casi- impertinente, frente a la seguridad -lo cómodo- de lo ya conocido. Salinas fue un intelectual moderno, agudo y contradictorio. Aspiró a ser un humanista de nueva especie. Su mérito estriba en haber sabido combinar un sinfín de actividades: profesor de literatura y poeta distinguido, crítico literario, impulsor y secretario de la Universidad Internacional, narrador y autor teatral, ensayista y cartógrafo. Testigo y al mismo tiempo actor activo de su tiempo, conocía como pocos las fuertes contradicciones del siglo en que le tocó vivir. Sufrió en carne propia algunas de las consecuencias más funestas: de la barbarie militarista a la vida en tierras de Ultramar, de la observación no muda e impasible del cambio brutal en unas formas de vida, en unos referentes estéticos, a la adaptación formal de muchos de esos cambios. Las páginas que escribía Salinas como crítico literario, dramaturgo, comentarista en sus cartas, están saturadas de este *Zeitgeist*. Brindan, por lo tanto, al lector del siglo XXI una perspectiva extraordinaria para adentrarse en vivo y en directo, casi a través de la óptica voyeurística de una mirilla, en un tiempo de gran transformación. Nos permite entender, además, la génesis y el inmenso valor de la obra poética del autor, y, de paso, la estética de toda una generación (no sólo de poetas). En su tiempo de vida España inició un cambio profundo, desde una sociedad rural, profundamente

conservadora, a otra con visos de modernidad. Contra ella, y al mismo tiempo a favor de ese cambio, reaccionó en poemas y narraciones. Aceptó los aspectos más benévolos, los que le empujaban en atracción fatal hacia la máquina y el artefacto, y que le acercaban con prudencia característica de su grupo a una estética vanguardista.

Poeta y profesor, al decir no siempre positivo de Juan Ramón, hay en su obra una prioridad de comprensión. La «actualización» de la obra literaria contaba entre sus prioridades máximas. En una entrevista de 1949 manifestaba no sólo un conocimiento del oficio, sino que insistía en un visión del mundo en la que figuraba de modo central la literatura:

Yo, profesor de literatura de oficio y crítico de afición, defiendo siempre al lector. Se olvida muy fácilmente desde los zancos de la pedantería profesoral que el poema ha sido escrito para ser leído y vivido por un lector. Esta relación, por tanto, es sagrada, y el crítico debe intervenir en ella con todo género de delicadezas. La función del crítico es aproximar el poeta al lector y no encaramarse sobre ellos y que le sirvan de escabel para su vanagloria.

Estas declaraciones no esconden sino una defensa profunda de su posición personal frente al filisteísmo de tantos colegas profesores insensibles al texto. Defiende el atreverse a dialogar de tú a tú con la literatura, evitando lugares comunes historicistas y despertando un interés genuino en lectores y estudiantes. Y, en el fondo, es esta actitud común denominador de su intervención en todos los ámbitos: escribiendo poemas, narraciones, piezas dramáticas, ensayos, que se entendieran y que provocaran algún efecto especular con la circunstancia personal de quien los leyera. Pero también insinúan una profunda ambigüedad (y confusión) entre vida y literatura, que estudió con ahínco en muchos ensayos, bajo el nombre de «fases de la realidad», o que descubrimos en más de una ocasión entre las líneas de poemas o en situaciones narrativas o dramáticas.

Pedro Salinas, curioso, observador impertinente e impenitente fue un avanzado a su tiempo. Vivió en un país y una época para la que muchos de sus coetáneos congéneres no estaban preparados. Él sí. Curioso en Madrid, deseoso de las distancias, explorador de Europa, más tarde, durante sus quince años de exilio, redescubridor de las Américas. Al principio encantado, enamorado. Al cabo de pocos años, al descubrir el doble lenguaje de las llamadas grandes potencias, cambió radicalmente de opinión. En un primer momento sucumbió a la seducción de la Modernidad, para poco después manifestar un rechazo frontal, en dicitos de notable

agudeza. Resulta un discurso reactivo, basado en unos valores humanistas que corresponden a una versión sólida de la Modernidad que está empezando a verse superada en los EEUU de la postguerra mundial. Salinas, el atento, es hábil y agudo en denunciar las contradicciones y defectos de ese nuevo mundo que se está creando.

En el exilio fue participante activo en la “Escuela de Verano” de Middlebury College, que dirigía el rondeño Juan Centeno, y que se convirtió en un punto de encuentro para el exilio español. A su modo, era una recreación en América de la Universidad Internacional de Santander.

Humanidad

Pero bajo a la frialdad de las cifras y de las ideas que sustancian los proyectos, respira el espíritu humano. Y en eso Pedro Salinas demuestra un derroche y una generosidad singulares. Lo comprobamos, por lo menos, en dos facetas: su vida amorosa, el trato con los amigos (la “generación”). Empecemos con el testimonio de unos de los estudiantes de 1933, José Manuel Blecua:

Era Salinas alto y bien proporcionado de miembros. La primera vez que le vi -en el verano de 1933- estaba hablando con la viveza de siempre y agitando mucho los brazos; me dió de repente la impresión de un molino de viento vestido de pastor protestante, quizá a causa del cuello duro que llevaba. (...) Salinas era un conversador agudísimo, ingenioso y con la gracia y sutileza de un madrileño cien por cien. Tenía una prodigiosa memoria para contar anécdotas deliciosas de gentes y de letras, para narrar un suceso en un examen o construir una frase intencionada. (*Heraldo de Aragón*)

La aventura de la Universidad Internacional es paralela a su historia de amor con Katherine Whitmore y a la redacción de uno de los libros de poesía amorosa más bellos que existen en español, *La voz a ti debida* (1933), que se publicó pocos meses antes de la inauguración de la Universidad Internacional. Vean este otro ejemplo de una carta en la que él reconoce su doble condición de hombre público, al servicio de la República, con un gran proyecto entre manos, la Universidad Internacional, y que, con una pasión secreta que le persigue desde hace unos meses, se siente apoyado por una divinidad, lejana y muy presente, como refleja un carta de 22 noviembre de 1932:

Ayer se murió la madre de Bergamín,⁶ el escritor amigo mío. Entierro, a las cuatro, que me llevó dos horas. Toda esa cosa convencional y absurda con que se rodea a la muerte, y que hay que admitir porque es quizás más pedante *distinguirse*. Pasé en el cementerio media hora. Era una tarde de esas madrileñas, frías, de viento, en medio de ese terrible paisaje desolado del sur de Madrid. Y yo, Katherine, vivía brutalmente, egoístamente para mí. Llevaba en el bolsillo el texto del cable que iba a ponerte a la vuelta, en el que expresaba la alegría del día. Me gustaba (perdona mi *childish* petulancia) mi fórmula: «Todo pasado ya todo esperado ahora». No tan bonito como tu «*Ever-increasing faith in miracles*», pero me satisfacía. [...] Y de pronto me di cuenta de lo raro, de lo espiritualmente raro de la situación. Yo, en el cementerio, lleno de quehaceres esperándome, hombre útil a la República, cuarenta años, dos hijos, profesor, y haciendo pesar toda mi atención en ser bien comprendido por mi criatura invisible y siempre presente. ¡Cómo sentí que esa criatura, tú, mi tú, condensa en ella todo lo que en mí queda aún de libre, de espontáneo, de primitivo y natural, y sobre todo lo que hay en mí de aspiración, de futuro, de esperanza! Me acordé, Katherine, de esa escena de la *Iliada* en que un héroe lucha teniendo detrás, sin que nadie la vea, a su divinidad protectora, que es lo que le infunde unas fuerzas incansables. Es hermoso el mito. Es lo que quiere decir que nosotros no somos plenamente nosotros sino al estar poseídos de un aliento superior. El héroe se cree invencible. Pero en cuanto le retire su invisible compañía la diosa tutelar, ¡pobre de él! Yo, Katherine, ahora, lo siento, lo sé, vivo una vida tan intensa, tan repleta de emociones como nunca, [y] puedo luchar porque me acompaña la protección de la diosa lejana. Todas mis ocupaciones, este absurdo lío que es mi vida externa, este derroche y despilfarro de mi energía, lo sobrellevo con ánimo porque no me desampara mi divinidad.

En otra ocasión escribe a Katherine Whitmore desde Santander. Estamos en *Santander* a 30 de marzo de 1933, pocos meses antes de la inauguración de la U.I. Salinas le escribe una bella carta, una carta casi desesperada en la que expresa de forma magnífica su frustración por vivir una vida escindida entre el hombre público “Salinas”, que está tomando decisiones importantes sobre la renovación del Palacio

⁶ José Bergamín (1895-1983).

de la Magdalena y el hombre privado, “Pedro”, que está viviendo una intensa relación amorosa con alguien que vive a 7.000 km.

Lugar de la acción: un cuarto de hotel grande, con un balcón al fondo.

Por el balcón se ve la noche. Sí, *se ve* la noche. Oscuramente, vagamente, pero se la ve. Y se adivina el mar, a cien metros. Lo señalan las luces reflejadas de los barcos en la bahía. Tengo al pie del balcón la ciudad, sí, los tranvías, los coches, la gente, pero salto por encima de todo eso y me sumerjo en lo elemental, que está un poco más allá: noche y mar, admirable, maravillosa pareja. Para acercarme a ti escojo la noche y el mar. Hora: las siete de la tarde. Después de un día agitado, cansado. El reposo. Estoy solo. *Trabajo. I’m supposed to be working.* Personaje: le veo muy bien. Tengo, en esta incoherencia de los cuartos de hotel, un espejo a mi derecha. Le veo, en el espejo. Un hombre alto, corpulento, con dos rayas, ya, en la frente, con una cara un poco cansada. ¿Soy yo? No me gusta. No, no soy yo. Yo soy el que escribe, el que se inclina sobre la mesa, el que pone en el papel y en la pluma su mejor momento del día. Me veo, me reconozco, me gusto, mirándome en esta hoja de papel y no en la lámina del espejo. Porque en el espejo me veía con mis señas personales inevitables, ligado a mis condiciones. Pero la hoja de papel no me devuelve la imagen de un hombre cansado, etc., sino la de un hombre sin edad, que quiere, que está queriendo en plena juventud de su ser. Así sí me gusto. Yo en el papel soy yo. Liberado, escapado de mis condiciones con la ilusión de ser tan joven, tan fuerte como es mi amor. También tú me tiendes un espejo, al quererme. El amor es siempre un espejo que tendemos al amado. Y es un espejo no de deformación, sino de depuración, de elevación. En cosa alguna nos vemos, nos miramos con tanto placer y alegría como en ese espejo. [...] Cuando tú escribes: Pedro, en ese Pedro escrito por tu mano, visto por ti, creado por ti, yo vivo en mi máxima vida, me purifico, me mejoro, me elevo. Vivo más, y más alto. Me quito años, preocupaciones, angustias. *Pierdo peso*, asciendo por gracia de tu mano al escribir: Pedro. En cambio, cuando dentro de una hora alguien me diga: Salinas, o Don Pedro, en ese apelativo volveré a sentirme dolorosamente yo, el de siempre, el que no es más de lo que es. ¿Qué es verdad? ¿Qué es mentira? ¿Tu imagen de mí, o la otra? No sé, pero sí sé que necesito creer que la imagen cierta es la que tú creas, y que yo soy tu Pedro Salinas. Don Pedro ha estado hoy andando arriba

y abajo, viendo un palacio de piedra, tratando con gentes de verdad visibles. Pero Pedro es el que al cabo de ese día se encierra ahora aquí, en este cuarto, lee una carta venida de muy lejos y siente pasar, desaparecer la fatiga y el cansancio que iluminan el cuerpo de Salinas y escribe a su muy amada amante.(...)

La llamada «generación del 27» dejó de existir como tal un 18 de julio de 1936. El certificado de defunción venía propiciado por un alzamiento militar y las brechas irreparables que ello abrió en un «grupo de amigos». Más de la mitad de la generación, del grupo, de la quinta, partió para el exilio en varias etapas. Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre y Gerardo Diego, se quedaron en España. El resto, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados y Luis Cernuda se desperdigaron, en etapas diversas, por el continente americano. Esta diáspora es representativa de lo que le sucedió al país en su conjunto. Casi medio millón de exiliados, con un altísimo porcentaje de profesionales liberales, intelectuales, profesores universitarios, buscaron refugio en tierras de Europa y América. Así ocurrió con seis escritores del grupo. Pedro Salinas abandonó España desde Santander, en agosto de 1936, para cumplir con un compromiso anterior de enseñar en una universidad femenina norteamericana, Wellesley College. Jorge Guillén, después de un par de años en Sevilla, en la España ocupada por las tropas de Franco, logró salir para Canadá primero, donde enseñó en la universidad de McGill en Montreal, para luego terminar sustituyendo en Wellesley College a su fiel amigo Pedro Salinas a partir de 1940. Rafael Alberti, militante en el partido comunista y muy comprometido en la lucha antifascista, tiene fama de haber sido uno de los últimos en haber abandonado la península al final de la guerra civil en un frágil avión en el que pudo salir de Alicante. Después de un breve paso por el norte de África, vivió un año en París y llegó a la Argentina en donde se instaló por un buen número de años, para pasar en 1963 a residir en la peligrosa (para caminantes) ciudad de Roma. Salinas murió en el exilio, en Boston, en 1951. Guillén, ya jubilado, regresó a España y se instaló en Málaga, hasta su muerte en 1984. Alberti tuvo el honor de ser el presidente (por edad) del primer congreso de los diputados de la España democrática en 1977 y residió en Cádiz. Manuel Altolaguirre, Emilio Prados y Luis Cernuda se instalaron en México. Para todos ellos la experiencia del exilio marcó vida

y obra de forma indeleble. La obra que escribieron después de 1939 se vio afectada en mayor o menor medida por esta condición.

Pero, sin embargo, la escisión en el grupo de amigos se había iniciado años antes, a principios de la década, cuando la radicalización del compromiso político empezó a quebrar solidaridades y complicidades que hasta entonces se habían tejido tan sólo en el terreno de lo estrictamente literario. A pesar de las diferencias, aquí en Santander el grupo de amigos gozó de sus últimos momentos de convivencia.

La Universidad Internacional demuestra también que la llamada “generación del 27” era un grupo más amplio de amigos, más allá del grupo restringido al que nos limitan los manuales de historia literaria, debemos incluir a algunos de los intelectuales que desfilaron por la Universidad Internacional. Ramón Menéndez Pidal (discípulo ilustre del gran santanderino Marcelino Menéndez Pelayo) y muchos de sus mejores discípulos: Tomás Navarro Tomás, Federico de Onís (director del departamento de Columbia University), Antonio García Solalinde, Américo Castro, Dámaso Alonso, Amado Alonso, José Fernández Montesinos. El ministro de educación, Fernando de los Ríos fue una figura clave en la creación de la Universidad Internacional y de un grupo de teatro que también estuvo aquí, “La Barraca”. Por eso vino a Santander Federico García Lorca en 1934. También Jorge Guillén, Gerardo Diego, etc. Muchos de esos poetas estaban en Santander cuando se enteraron de la muerte de Ignacio Sánchez Mejía, que dio pie a varios poemas y reacciones⁷. En el epistolario de Salinas leemos una carta a su mujer, Margarita Bonmatí, de *Jueves [16 agosto 1934]* en la que da cuenta del evento.

Nos ha causado un gran disgusto la muerte de Ignacio Sánchez Mejía. A mí, además me ha revuelto mucho la conciencia. Tenía como el oscuro presentimiento de lo que iba a sucederle, no sé porqué. Hace dos domingos vino a torear a Santander. Todos los amigos fueron a verle y yo tuve que reñir una batalla para que me dejaran en paz y no ir. No sé quién tenía razón. A mí me parecía indelicado ir a una corrida en donde podíamos ver morir, allí delante de nosotros, al amigo. (...) Pero no fui. Inventé pretextos y subterfugios, evasivas. Vinieron todos contentísimos. Rubio le trajo al hotel en un coche, después de la corrida. Estuvo muy bien y daba, decían, una impresión de gran seguridad. Yo sentí como el remordimiento de mis

⁷ La cogida se produjo el 11 de agosto de 1934. Ver «Dos elegías a un torero: García Lorca y Alberti», Pedro Salinas, *Ensayos Completos*.

escrúpulos, comprendes, me reñí a mí mismo. Todo eran mis imaginaciones y temores. El pobre Ignacio, a quién mandé a decir, por Rubio, que no tomase a desatención mi ausencia y algo de las razones, dijo a Jorge, «Dile a Salinas que no viene porque es belmontista y que tampoco leeré más sus versos, porque yo también me emociono al leerlos». (...) Yo veo en su retorno al toreo, tan extraño, algo como un suicidio, sabes, como una forma de evasión de una vida, con la que no sabía que hacer ya. Ha muerto bien.

La carta termina con la referencia a la presencia de otros VIP en la Universidad Internacional: “Adiós bonita. Días muy malos, de jaleo. «La Barraca» está aquí y lo complica todo. Unamuno, Ortega, medio mundo.”

En otras ocasiones recibió visitas de otros intelectuales más distantes, como el caso de Eugenio d’Ors:

Anoche tuvimos una diversión fuera de programa: estuvo a cenar Don Eugenio d’Ors. Parece ser que se invitó él; (...). Se ve que ardía en deseos de hacerlo, pero con su política tortuosa en vez de telefonearme o venir a verme, empleó ese medio. (...) nuestra política con los de la llamada Universidad Católica debe ser del mayor tacto y cortesía. (...) Don Eugenio estuvo como siempre. Le pregunté adonde iba ahora y me dijo que a Venecia, a Provenza, a Canarias. «Soy el católico errante. Errante como el judío, pero siempre he sabido donde está Roma. Luego después de cenar pasamos a tomar café (...) Ors entonces dijo (se hablaba en francés): *«Ici, c’est le dernier salon où l’on cause»*. Y entonces le preguntó Olga Bauer qué hacían en la otra Universidad. *«Là, c’est la dernière maison où l’on prie»*. ¡Es inmenso! Hablando de su viaje a Venecia, (...) en que se tratará del tema: *«L’Art et l’Etat»*, decía *«ça veut dire que nous serons dévorés, le jour par les lieux communs, et la nuit par les moustiques»*. Nos divertimos mucho con él y luego le llevé en mi coche al Colegio Cántabro. Pobre hombre, después de todo. Tenía la sensación de llevarle al destierro. Figúrate cómo se encontrará allí entre curas zafios y sacristanes pedantes.

Pedro Salinas fue el “inventor de una realidad”. Ésta llegó a dominarle, como parte de ese proceso de invención. Santander, y la U.I. tuvo un sentido muy íntimo para Pedro Salinas. Y en el exilio, podía recordar con particular sentimiento de pena los últimos días en España:

"¡Ay, Marg, como me acuerdo de algunas tardes de Santander, ahora! Cuando nos íbamos al prado, y yo me echaba en la yerba, con la cabeza apoyada en tus rodillas! Desde que empezó la revolución esos ratos, de descanso, y en general, todos los momentos, de tarde <en> La Magdalena me sonaban a despedida, a lenta despedida de un mundo. Las tardes, tan serenas y claras, favorecían adioses inevitables, pero casi no hacían sufrir. (...) Y veo la ruina de la única obra colectiva, social, que salió de mi cabeza: la U.I... Se ha hundido todo ese mundo." [A Margarita, 9/XI/1936]

Fue un mundo que se hundió, pero que se recuperó en parte en el exilio, en la Escuela de Verano de Middlebury College, y al cabo de los años, con la democracia restaurada en la UIMP. Muchas gracias.